



Balta Lelija

16 de abril de 2026
Jueves de la Segunda Semana de Pascua
“La primera resurrección”

Tras haber dedicado las tres últimas meditaciones a hablar sobre la resurrección de la carne, que podemos esperar con alegría como fieles, conviene abordar ahora el tema de la resurrección espiritual, que precede a la del cuerpo y es el requisito indispensable para afrontar la muerte con serenidad y confianza. La resurrección espiritual se denomina también «primera resurrección», en referencia al despertar del alma a la verdadera vida.

San Agustín escribe sobre este tema en *La Ciudad de Dios*, comentando las siguientes palabras de Jesús:

«En verdad, en verdad os digo que llega la hora, y es ésta, en la que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan vivirán pues como el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado al Hijo tener vida en sí mismo» (Jn 5,25-26).

Según san Agustín, el Señor no se refiere aquí a la «segunda resurrección» —es decir, la de la carne, que tendrá lugar al final de los tiempos—, sino a la primera, que tiene lugar continuamente. Por eso, Jesús habría dicho: *«Os digo que llega la hora, y es esta»*. Ahora bien, esta resurrección no es la de los cuerpos, sino la de las almas. Porque también las almas pueden experimentar la muerte por causa de la impiedad y el pecado. A estos muertos se refiere el Señor cuando dice *«Deja que los muertos entierren a sus muertos»* (Lc 9,60), es decir, que los muertos en espíritu entierren a los muertos en cuerpo (San Agustín, *La Ciudad de Dios*, vol. 28).

La verdadera vida comienza cuando vivimos la fe. Entonces, la luz sobrenatural de Dios se convierte en nuestra guía. Nuestra alma ha despertado del estado de pecado, que es la muerte espiritual. La vida de Dios se comunica al alma de diversas maneras, liberándola del cautiverio del mundo sensual y del dominio del diablo.

San Pablo nos señala el camino a seguir en la Carta a los Colosenses: *«Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra»* (Col 3,1-2).

Un hombre creyente es aquel que ha vuelto a nacer del agua y del Espíritu (cf. Jn 3,5). Se ha convertido en una persona obediente que observa los mandamientos de Dios y busca fervientemente cumplir su voluntad. Así, experimenta una transformación, porque la vida divina actúa en él. Ya no está bajo el yugo del mal, sino bajo la sabia guía del Espíritu Santo. Sin duda, aún tendrá que luchar para superar sus inclinaciones pecaminosas, pero

el Señor le ayudará y llevará esa carga con él. Bajo el influjo del Espíritu Santo, que es su maestro y guía, aspirará «a las cosas de arriba».

Por tanto, esta es la «hora del Espíritu Santo», pues a Él se le ha encomendado cuidar y hacer crecer la vida nueva de Cristo en los fieles. Y lo hace con diligencia y minuciosidad divinas, porque el alma que ha resucitado espiritualmente en el Señor debe prepararse para la eternidad y, mientras camina hacia ella, producir abundante fruto.

El Espíritu Santo ha sido enviado por el Padre y el Hijo para permanecer con los fieles. Jesús pidió a su Padre Celestial el envío del Paráclito: *«Yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros siempre: el Espíritu de la verdad, al que el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce; vosotros le conocéis porque permanece a vuestro lado y está en vosotros»* (Jn 14,16-17).

Será el Espíritu Santo quien impulse al hombre que ha resucitado en espíritu para que lea la Sagrada Escritura y obtenga siempre de ella alimento espiritual, pues la Palabra de Dios es «lámpara para nuestros pasos, luz en nuestro sendero» (Sal 118,105). El Espíritu cultivará la vida de Cristo en el alma llevándola a los santos sacramentos, que la iluminarán y fortalecerán.

Sin duda, el Espíritu Santo instará a los fieles a elevarse constantemente a Dios a través de la oración y a vivir así en una íntima relación de amor con Él. La vida sobrenatural se volverá cada vez más natural y el alma empezará a ver los acontecimientos, su entorno e incluso a sí misma desde la perspectiva de Dios.

Con celo, pero también con infinita paciencia, nuestro Maestro y Guía, que para entonces se habrá convertido en nuestro Amigo íntimo, nos impulsará a practicar las virtudes y a salir al encuentro de las necesidades espirituales y materiales de nuestro prójimo, en la medida de nuestras posibilidades. Sobre todo, desplegará en nosotros esos maravillosos dones del Espíritu que transforman toda nuestra vida.

La vida divina se ha establecido en nosotros y todo nuestro ser se va transformando cada vez más a imagen y semejanza de Dios.

Esta guía sabia y fiel que el Padre Eterno nos concede a través del Espíritu Santo es una gracia indecible para nosotros. En efecto, comienza ya aquí, en la Tierra, la vida nueva que el Resucitado infunde en nuestra alma. Este es un consuelo inconmensurable en nuestro peregrinaje por este mundo, mientras avanzamos hacia nuestro verdadero hogar, hacia la plena comunión con Dios en la eternidad.

En la meditación de mañana, intentaremos, al menos, echar un vistazo a esa morada eterna que nos espera, para que aumente nuestro anhelo y nuestros esfuerzos en la tierra den el mayor fruto posible para el Reino de su amor.

Meditación sobre la lectura del día: <https://es.elijamission.net/obedecer-a-dios-antes-que-a-los-hombres-4/>

Meditación sobre el evangelio del día: <https://es.elijamission.net/evangelio-de-san-juan-jn-331-36-la-decision-crucial/>